

mismas palabras? ¿Cómo despues de haberse burlado de esos cometas, á los que se hace hacer todo lo que se quiere, pudo el mismo Buffon decir (1): «No podria acaso opinarse con alguna especie de verosimilitud que algun cometa, cayendo sobre la superficie del sol, habia movido de su lugar á ese astro, desprendiendo algunas pequeñas porciones de su disco, á las que habrá comunicado un movimiento de impulsión en el mismo sentido y por el mismo choque, de manera que los planetas hubiesen pertenecido en otros tiempos al cuerpo solar y hubiesen sido desprendidos por una fuerza impulsiva comun á todos, y que conservan hasta la época presente? Y este sistema no es el único error en que Buffon ha caido. En otro lugar supone que las aguas del mar han producido con su flujo y reflujo las montañas y los valles (2); que las corrientes del mar son las que han surcado los valles y levantado las colinas; que las aguas son las que, acarreado las tierras y sedimentos, las han ido colocando unas sobre otras en capas horizontales; y que las aguas llovedizas son las que destruyendo lentamente la obra del mar, rebajando sin cesar la altura de las montañas, colmando los valles y nivelando la superficie, harán que algun dia vuelva el mar á apoderarse de nuevo de los continentes habitados, pero dejando en descubierta otros enteramente semejantes á los que ahora ocupamos. Este primer tomo de las obras de Buffon contenia además otros graves errores de metafísica y moral. En uno de sus pasajes dice (3) que las verdades de la moral son reales en parte, y en parte arbitrarias, y que no reconocen mas objeto ni fin que conveniencias y probabilidades. El cuarto tomo, que se publicó de allí á poco tiempo, contenia asimismo proposiciones falsas y aventuradas,

(1) T. 2, p. 193.  
 (2) T. 2, p. 281.  
 (3) Ib. p. 79.

como por ejemplo: *La existencia de nuestro cuerpo es dudosa para cualquiera que raciocine sin preocupacion* (1): *despues de la muerte, nuestro cuerpo ya no será nada para nosotros* (2), etc. En vista de esto la *Historia natural* fué denunciada á la Sorbona en agosto de 1750, y esta nombró comisionados para examinarla. Estractáronse de los tomos 1.º y 4.º catorce proposiciones sobre las que iba á tomar providencias la Sorbona, cuando se supo que Buffon se hallaba dispuesto á prevenir la censura. Remitiéronle los comisionados las catorce proposiciones estractadas de su obra, y él les dió las gracias el 12 de marzo de 1751, por haberle dado lugar á explicarse de modo que acreditara su buena fé, ofreciéndoles publicar sus explicaciones en uno de los tomos que se iban á dar á luz. Estas explicaciones estaban refundidas en diez artículos. Buffon afirmaba desde luego, respecto á su sistema, que no habia tenido intencion alguna de contradecir la Sagrada Escritura; que creia firmemente todo cuanto en ella se dice acerca de la creacion, así en cuanto al orden de los tiempos, como en lo relativo á las circunstancias de los hechos; que se desdecia de la parte de su libro concerniente á la formacion de la tierra, y en general de todo lo que pudiese ser contrario á la narracion de Moisés, porque no habia presentado su hipótesis acerca de la formacion de los planetas mas que como una mera suposicion filosófica. Del mismo modo explicaba los demas puntos y hablaba de su sumision á las verdades reveladas. Esta su declaracion se estampó segun lo habia prometido, al frente del tomo 7.º de su *Historia natural*. La facultad de teología se dió por satisfecha y no se volvió á hablar de censura (3).

(1) T. 2, p. 155.  
 (2) Ib. p. 158.  
 (3) Mem. para la Hist. ecclést. del siglo XVIII, t. 2, 240.

Los filósofos cada dia mas aguerridos tuvieron por conveniente que hallándose la Sorbona reunida en cuerpo resonase en su seno la voz del error. Para esto necesitaban un instrumento, y este le encontraron en un individuo cuyo nombre estaba ya desgraciadamente ligado con los de los enemigos de la Religión. Juan Martin de Prades, de la diócesis de Montauban, bachiller de la Sorbona, suministró á la *Enciclopedia* un artículo que fué muy elogiado de los filósofos. Diderot, lisonjeando el amor propio del jóven bachiller, pudo atraerle á donde quiso, de manera, que si no redactó enteramente la tesis que Prades iba á defender, por lo menos le sugirió las atrevidas proposiciones que habia en su contexto. Como la tesis era muy larga y estaba además impresa en diminutos caracteres, el maestro de estudios no se tomó la molestia de leerla y puso el visto bueno á ciegas; el presidente y el síndico no hicieron mas que pasarla rápidamente por la vista sin advertir el veneno que encerraba, y por una casualidad mas reprehensible aun que su misma negligencia, habiendo el bachiller el dia que defendió su tesis (18 de noviembre de 1751) quedándose cortado en las réplicas, cometió el presidente el error de hablar en defensa suya, sosteniendo una de las proposiciones atacadas. Sin embargo, como Prades afirmaba haber tomado en las obras del doctor Le Rouge varias de las proposiciones que metian mas ruido, este que se creyó por lo mismo obligado á manifestar su reprobacion, denunció la tesis. La facultad se ocupó en su exámen y la declaró condenable el 15 de diciembre, decretando que se procediera á un exámen mas amplio, y que en el interin quedase el bachiller suspenso de todo acto de licenciatura. De allí á dos dias fué denunciada la tesis al parlamento por los agentes del poder Real, quienes exigieron se mandase comparecer al síndico. Este les remitió el 22 una declaracion en la que les confesaba haberse engañado. No se entienda por esto que

todos los doctores considerasen esta famosa tesis bajo un punto de vista tan desfavorable. No faltaban algunos, que al paso que convenian en que varias proposiciones podian parecer equívocas, peligrosas y aventuradas, y que tomadas separadamente merecerian la censura, sin embargo, persistian en creer que esas mismas proposiciones quedaban rectificadas por el contexto, y que del conjunto resultaba que Prades no habia tenido mala intencion. Pero la mayor parte de los doctores preocupados de ciertas espresiones atrevidas de que habia usado, de sus relaciones con los enciclopedistas, de los elogios que estos le prodigaban y de la maligna satisfaccion que su tesis les causara, inferian que habia sido redactada por un partido y que servia á los conjurados contra la Religión. Veian entonces sucesivamente la luz pública muchos libros en que se predicaba el deísmo, y por aquel tiempo hizo gran ruido la aparicion de la *Enciclopedia*, en la cual tomó parte Prades, y así pudo creerse que participaba de las miras de los filósofos. El pasaje de su tesis que causaba mas indignacion, era este: «Todas las curaciones hechas por Jesucristo, si se las separa de las profecias, que les comunican alguna cosa de divino, son milagros equívocos, porque los de Esculapio presentarian en algunos casos las mismas apariencias.» Los diputados de la Facultad concluyeron su informe el 3 de enero de 1752, proponiendo la censura de diez proposiciones, y despues de haber celebrado once reuniones generales y oido el parecer de ciento cuarenta y seis doctores, se procedió á la votacion el 17 del mismo mes; ciento cinco opinaron que debia censurarse, y los demas en diferente sentido por las razones que dejamos indicadas. Aunque Prades solicitó que le dejaran explicarse prometiendo someterse, ochenta y tres votantes opinaron que debia escluirse de la licenciatura y borrarle de las listas de los profesores, y así se hizo en efecto, porque se creyó



necesaria una providencia enérgica para que sirviese de escarmiento ejemplar. Tan luego como su tesis, considerada ya como el grito de guerra de los filósofos, fué condenada por la Sorbona, condenóla también la autoridad eclesiástica. El arzobispo de Paris la proscribió por una Instrucción pastoral de 29 de enero; el obispo de Montauban, en cuya diócesis Prades había nacido, y el de Auxerre, imitaron el ejemplo del ilustre Beaumont; y finalmente, Benedicto XIV, sancionando por decreto de 22 de marzo de 1752 la providencia de los prelados franceses, declaró la tesis impía y favorable al deísmo y al materialismo. El autor se retiró á Holanda, y luego por recomendación de Alembert, los franceses que se hallaban en la corte de Federico, tales como Voltaire y Argens, lo acogieron en Berlin é hicieron que se le confriese el empleo de lector del rey, vacante por la muerte de La Mettrie. Aunque Prades era un eco de los filósofos, no pensaba enteramente en todas las cosas como ellos, según se infiere de una Apología que escribió por entonces según parece, y cuya última parte es de Diderot. En este documento, que no parece de un incrédulo, protesta de la pureza de su fé, trata de justificar las proposiciones censuradas, rechaza las consecuencias que se dedujeron de su sistema, se indigna particularmente contra la acusación de una conspiración contra la Religión, y se queja de haber sido juzgado precipitadamente. De todo esto se deduce que Prades, cediendo á malos consejos, ó estraviado por una metafísica oscura, cometió actos indisculpables que hicieron sospechosa su fé, aunque en su conducta había habido mas lijereza que malicia, y que los estravios de su espíritu no habían llegado á consumir la apostasia del corazón. Cuando el rey de Prusia le nombró canónigo de Breslau, escribió al obispo de esta ciudad, manifestándole sin rebozo cuáles eran en el fondo sus disposiciones religiosas; el prelado dió cuenta al Soberano Pontífice, el cual

le envió un modelo de retractación, y en su consecuencia Prades suscribió en 27 de abril de 1754 el decreto de 22 de marzo de 1752, detestando las proposiciones condenadas por este decreto, y suplicando al Papa que le perdonara en vista de su arrepentimiento. Escribió también á la facultad, la cual, á propuesta del romano Pontífice, le rehabilitó en sus derechos. Prades falleció en 1782.

Diderot, por quien Prades estuvo á pique de ser arrastrado al abismo, seguía con D'Alembert al frente de la *Enciclopedia*, vasto repertorio, anunciado como la mas brillante invención del entendimiento humano, y como un monumento que debía inmortalizar al siglo XVIII. Este tesoro de todos los conocimientos, este depósito universal de los principios de la literatura, de los descubrimientos, de las ciencias y del mecanismo de las artes, á cuya redacción eran llamados como cooperadores todos los literatos, sábios y escritores que había en Francia; esa colección inmensa, destinada á reemplazar por sí sola una multitud de libros y á ser el mas rico y necesario ornato de las bibliotecas, comprendía á la vez la teología, la metafísica, la moral, las bellas letras, las matemáticas, las ciencias naturales, la medicina y las artes liberales y mecánicas. Además de los numerosos artículos que Diderot y Alembert redactaban por sí mismos, revisaban todos los demás que se les presentaban. El segundo de estos dos escritores, hábil matemático, y uno de los individuos mas laboriosos de la Academia de ciencias, comenzó la publicación de esta enorme colección, con un discurso preliminar en que trazaba el enlace de las ciencias y los progresos del entendimiento humano. La primera parte, que es la que trata de las ciencias exactas, está considerada como fruto de un sabio muy versado en esas materias; pero la segunda, que es la dedicada á la metafísica, ni es tan sólida ni tan verdadera. Según advierten las *Memorias para la*

*Historia Eclesiástica del siglo XVIII* (1), D'Alembert adopta el sistema de Locke, exagerándolo hasta sus últimas consecuencias. Separándose del rumbo antiguo de la metafísica tal cual la habían comprendido los grandes filósofos del siglo precedente, como un Descartes, un Pascal, un Mallebranche y un Leibnitz, la rebaja, sujetando el hombre á las sensaciones y no considerándola sino bajo la influencia de estas. Esa propensión de D'Alembert á degradar la ciencia del alma prueba que era, como Diderot, un sectario fogoso de la filosofía moderna, pero sus ideas no estaban tan desordenadas, ni su imaginación era tan exaltada; aunque tenía los mismos designios, su carácter era enteramente distinto. Menos exaltado y violento que Diderot, dice un autor que lo ha retratado con mano maestra (2), se encaminaba á sus fines empleando medios menos atrevidos, aunque no por eso menos eficaces; pudiendo decirse que no atacaba de frente, sino de flanco. En tanto que otros fundaban sistemas, injuriaban al clero y minaban abiertamente la Religión, D'Alembert mas astuto, si lanzaba un epigrama, acudía al momento con un correctivo aunque débil; si dejaba escapar algun dardo contra la Religión, se apresuraba á ocultarse bajo alguna fórmula, y procuraba ponerse á cubierto por medio de alguna explicación; y si daba, sirviéndonos de su expresión trivial, «un papirote» á la superstición, le hacia en seguida una respetuosa cortesía, con cuyo proceder estaba seguro de que el tiro no sería perdido para la malignidad y que con quien le echase en cara sus frases salapadas podría disculparse oponiendo algunas demostraciones, que afortunadamente no engañaban á nadie. Unido con Voltaire, era el confidente de sus pensamientos y le ayudaba con celo en sus proyectos,

(1) T. 2, p. 250.

(2) *Mem. para la Hist. Eccles. del siglo XVIII*, t. 2, p. 251.

según se vé por su *Correspondencia*, curioso monumento que pinta al vivo el espíritu de que ambos estaban animados.

Mas limitémonos á la *Enciclopedia* que, según dice el autor (1) del cual hemos tomado el retrato de Alembert, era el grande objeto que ocupaba entonces á ellos y á sus amigos. Ellos pensaron mucho menos en hacer de esta obra un depósito útil para las ciencias y las artes, que en hacer de ella un medio de propagar las nuevas ideas acerca de la Religión, y era para los colaboradores objeto de emulación el ver quién podría insinuarlas con mas destreza, ó atacar mas arteramente los antiguos principios. En los artículos mas claros aparentaban respetar la Religión, pero en los menos aparentes procuraban indempizarse, y á este fin, remitían á ellos á los electores, pues en estos destruían lo que la necesidad les había obligado á tolerar en aquellos. Los primeros tomos estaban muy distantes del tono atrevido que se advierte en los otros; mas ni aun en aquellos hay una sola página, en la cual no se trasluzca la intención de los autores, pues mil rasgos esparcidos indistintamente en aquellos dos tomos en folio indican á las claras el plan de la obra; reflexiones malignas, sarcasmos mal disfrazados, sofismas, objeciones á que no se dá respuesta, dudas sin explicar, en fin, cuantos artificios pueden emplearse en el arte de escribir, otros tantos empleaban ellos con perseverancia. Tanto descaro no pudo menos de producir quejas, en vista de las cuales un decreto del Consejo Real de 7 de febrero de 1752, prohibió los dos primeros tomos por contener máximas, cuya tendencia era destruir la autoridad de los reyes, establecer el espíritu de independencia y de rebelión, y autorizar bajo términos oscuros y ambiguos los fundamentos del error, de la corrupción de costumbres, de la irreligión y de la incredulidad. La impresión de la *Enci-*

(1) *Mem. para la Hist. Eccles. del siglo XVIII*, t. 2, p. 252-253.



Enciclopedia permaneció suspendida durante diez y ocho meses, y D'Alembert en sus prefacios se lamenta amargamente de los obstáculos con que tropezaban una publicación tan útil y unos autores de tan buenas intenciones. Voltaire quería que se hiciesen de rogar para volver á emprender sus trabajos, y así escribía á D'Alembert: «Al fin se verán obligados á pedirnos de rodillas que prosigais; mas entretanto, es preciso amotinar la opinión del público en vuestro favor.» Miraba la conclusión de esta obra como un asunto de la mayor importancia. «Fundo, decía, todas mis esperanzas en la Enciclopedia.» Sus esperanzas desgraciadamente no quedaron frustradas: la obra se terminó, y el veneno que encerraba se derramó á proporcion del crédito que adquiría.

Voltaire, cuyo nombre acaba de trazar nuestra pluma, consagró al estudio de la física el tiempo de su retiro en Cirey. Su empeño era que la Francia conociese la filosofía de Newton; al mismo tiempo principiaba sus trabajos históricos, ó mas bien, sus novelas sobre la historia, prosiguiendo con tenacidad el objeto que se había propuesto, ya en sus poesías, como por ejemplo, en los *Discursos en verso acerca del hombre*, y ya en sus tragedias, como *Mahomet* ó el *Fanatismo*. Su mano licenciosa trazaba, á la vista de la marquesa del Chatelet, las páginas de una escandalosa epopeya, de la cual Federico, que era en aquella época príncipe Real de Prusia, solicitaba con instancia ver algún ejemplar. Existía la mas íntima amistad entre el dictador de la literatura y el héroe de Prusia; mas para eterno baldón de ambos, no tenía mas fundamento que la mútua animosidad que profesaban contra la Religión, según lo acredita todo el contenido de su correspondencia. Así es que Federico afeando á Voltaire el que hubiese hablado de Jesucristo en su *Discurso sobre la virtud*, añade: «Vale mas guardar un profundo silencio sobre las fábulas del cristianismo, canonizadas por su antigüedad

y por la credulidad de hombres absurdos é impíos (1).» Lisonjeándose el filósofo con la intimidad de un personaje que ocupaba la primera grada del trono, y que de allí á poco ciñó la régia diadema, le escribía en 1738, diciéndole: «que se confesaba mas súbdito suyo que del rey en cuyos dominios había nacido;» y para probarle mas su afecto, le servía de espía en Francia: bien que un hombre sin Religión, y por lo mismo sin conciencia, no puede menos de ser un mal ciudadano. Teniendo en menos el interés personal del príncipe que le honraba con sus cartas, que la preponderancia que intentaba dar á una secta enemiga de la verdadera Religión, aquel hombre tan infiel á sus deberes religiosos como á los políticos, aconsejaba á Federico hiciese que la autoridad imperial fuese alternativa entre los católicos y los protestantes. Aunque se le instó vivamente en 1740 para que fuese á Prusia, no accedió á las instancias del rey, sin duda porque lo que deseaba con mas ardor era poder entrar en la Academia francesa. Para facilitarse la entrada, obstruida por sus anteriores escritos, el hipócrita filósofo se declaraba, en una carta dirigida á un supuesto académico, «adorador de una Religión, cuya moral reduce todo el género humano á una sola familia, y cuya práctica está fundada en la indulgencia y en las buenas obras.» Por entonces no consiguió lo que tanto deseaba; pero posteriormente la protección de la duquesa de Chateauroux le abrió las puertas de la Academia. Al mismo tiempo que trataba de granjearse la estimación de esta señora, procuraba engañar al público en lo relativo á sus verdaderas opiniones en materia de Religión, publicando una carta escrita en 7 de febrero de 1746 al jesuita La Tour, en la que decía: «Si jamás se ha impreso en nombre mio una sola línea que pueda es-

(1) Correspondencia del rey de Prusia y de Voltaire.

candalizar á un simple sacristan de la última parroquia, estoy pronto á hacerla pedazos, pues abomino cuanto puede causar la menor turbulencia en la sociedad.» Y estas vanas protestas no eran mas que una amarga ironía cuando hablaba con los filósofos. «Mucho me incomoda, decía escribiendo el 10 de octubre de 1748 al conde de Argental despues de la publicación del *Zadig*, el tener que pasar por autor de ese libro que algunos se empeñan en denigrar por medio de las interpretaciones mas odiosas, atreviéndose á levantarle la acusación de que encierra dogmas temerarios contra nuestra santa Religión.» ¡Qué ficción! Un hombre que se lamentaba sin cesar de que turbaban su reposo por simples bagatelas, él mismo provocaba los sinsabores con su insolente temeridad. Con motivo de las disputas acerca de las inmunidades, se declaró virulentamente contra el clero en 1749 en un libelo muy reducido, intitulado la *Voz del sabio y del pueblo*; y temiendo luego los disgustos que esta publicación le había de acarrear, tomó el partido de condescender con los deseos del rey de Prusia, pasando en 1750 desde Paris á Berlin, donde ya le estaban esperando el marqués de Argens, La Mettrie y Toussaint. A su llegada, Federico le dió la llave de gentil-hombre, la cruz del mérito y una pensión de veinte mil francos; pero lo que mas lisonjeó al filósofo fué la demostración de una confianza basada en unas mismas antipatías religiosas. «En ningún tiempo, dice en sus Memorias, ni en ninguna parte del mundo se habló con tanta libertad de todas las supersticiones de los hombres, ni se hizo de ellas mas desprecio y chacota.» Durante su permanencia en Prusia escribía á madama Du Dessant, que regularmente comía con dos ó tres impíos, y allí fué donde compuso el poema de la *Religion natural*, título demasiado significativo, como él mismo pareció comprenderlo, pues de allí á poco, mintiendo descaradamente, sostenía que nunca había tenido otro título que el si-

guiente: *De la Ley natural*. En Postdam dió la última mano á su malhadado *Siglo de Luis XIV*, en cuya obra habla de la Religión con la superficialidad característica de las demas que salieron de su pluma. Finalmente, en una de las cenas de Federico fué donde concibió el plan de su *Diccionario filosófico*, que no llegó á realizar sino muy posteriormente. El filósofo gentil-hombre corregía los versos del rey; pero la familiaridad que este le dispensaba, produjo reyertas indignas de ambos, á resultas de las cuales Voltaire huyó de Berlin como de una cárcel, y detenido de orden de su Real discípulo en Francfort, fué tratado por este del modo mas cruel é ignominioso; esta injuria le afectó profundamente, y le inspiró el deseo de interesar al imperio en su venganza. Anduvo vagando por la Alsacia y la Lorena antes de fijarse, no muy lejos de Ginebra, en Ferney y en las Delicias, sitios que su permanencia y escritos han hecho célebres.

Las obras de Voltaire, contra las cuales se declaró la autoridad, no eran por cierto las únicas que el parlamento de Paris hubiera podido proscribir, pues aquella época se había señalado por la publicación de una multitud de libros malos. Sin embargo, el abate de Chauvelin, que denunció el 13 de diciembre de 1755 á sus colegas los que á su parecer eran mas peligrosos, no se declaró abiertamente sino contra el *Análisis de Bayle*. El *Diario de Trevoux* había levantado ya la voz contra una publicación que, sacando las impiedades de Bayle de su gran Diccionario, las ponía al alcance de toda clase de lectores, pues las presentaba bajo una forma mas cómoda. Aquel diario había hecho ver con dolor que el primer tomo de dicha obra contenía todos los principios de duda en materia de Religión, y presentaba las mas grandes obscenidades con los mas vivos colores, que nada se disfrazaba y todo era tratado allí abiertamente y sin rodeos, de modo que cualquiera podía descu-